

# LA JUDIA

Por F. DEFILIPPIS NOVOA

Jacobo entró en el negocio de Samuel, muerto de cansancio. Había recorrido medio Buenos Aires ofreciendo relojes de ocasión y comprando trajes usados a precios irrisorios. A su cargo estaba, en el negocio de Samuel, su tío, la sección sastrería; y era de ver cómo la cuidaba. De todos los negocios similares de la calle Libertad, aun de aquellos exclusivamente dedicados a la compra y venta de ropa, el de Samuel Gonniski merecía la preferencia de los compradores, gracias a Jacobo.

Del pequeño rincón, cerrado al resto del "cambalache" por un biombo japonés, ligeramente deteriorado, y por un enorme guardarropa con espejo, había salido pintipirado más de un empleadito amante de la exterioridad y más de un galán de teatro, de buen porte, pero de escasa nómina.

Jacobo recorría semanalmente sus clientes, casas de pensión y hoteles en su mayoría, y arrastraba hacia su cueva, desde el impecable traje de un estudiante, dejado por deuda en la hospedería, hasta el jacquet funerario del político provinciano, muerto de disgusto por tanto esperar en vano el destino ofrecido por los hombres del gobierno. Tiraba la ropa sobre el mostrador y salía de nuevo, no sin antes suspirar tiernamente junto a Sara, que con laxitud total, atendía, durante su ausencia, el departamento, bajo la mirada severa de don Samuel, que no entendía de excusas o vergüenzas en tratándose de intereses.

Ese día Jacobo había cumplido con toda felicidad su programa. Le había sobrado dinero del destinado a las compras y